

mortal, y sí á aborrecer irreconciliablemente el vil engaño, la pusilanimidad, la perfidia y todo abatimiento moral; la de repetir en fin una verdad ya muy notoria, aunque á menudo olvidada, y es que la religion y la filosofía mandan una y otra enérgica voluntad y juicio moderado; y sin estas condiciones reunidas ni hay justicia, ni dignidad ni principios seguros.

MIS PRISIONES.

I.

El viernes 13 de octubre de 1820 fuí preso en Milan, y conducido á Santa Margarita: eran las tres de la tarde. Me hicieron un largo interrogatorio en ese dia y los otros siguientes; nada diré de ello, cual amante maltratado por su prenda querida, y resuelto á ponerle mal semblante con dignidad, dejo la política donde ella está, y hablo de otra cosa.

A las nueve de la noche de este aciago viernes el alguacil me entregó al alcaide, y este me condujo al cuarto que me estaba destinado; me invitó políticamente á darle el reloj, el dinero y cuanto tenía en mis bolsillos para devolvérmelo á su debido tiempo, y me deseo respetuosamente las buenas noches.

— Deteneos, hombre, le dije; hoy no he comido; mandadme traer alguna cosa.

— Al instante, la fonda está al lado, y vos vereis; qué buen vino!

— Vino, no lo bebo.

— A esta respuesta el señor Angiolino me miró atónito, creyendo yo chanceaba, pues los carceleros que tienen taberna miran con horror al preso que no bebe vino.

— De veras, no lo bebo.

— Lo siento por vos; sufrireis al doble la soledad...

Y viendo que yo no mudaba de resolución, salió y en menos de media hora tuve la comida. No fue mucho lo que comí, bebí un vaso de agua, y me quedé solo.

El cuarto estaba en piso bajo, y caía al patio: había prisiones á derecha, izquierda, enfrente y encima. Me apoyé en la ventana, y estuve algun tiempo escuchando las idas y venidas de los carceleros, y el frenético canto de algunos de los reclusos.

Reflexionaba: hace un siglo, esto era un monasterio, ¿ las santas y penitentes vírgenes que le habitaban se hubieran imaginado jamas que en sus celdas resonarian hoy, no ya mugeriles sollozos é himnos piadosos, sino blasfemias y cantos irreverentes, y que contendrian toda clase de hombres destinados los mas á presidio ó á la horca? Y dentro de un siglo ¿ quién respirará en estas celdas? ¡ O rapidez del tiempo! ¡ o inconstancia perpetua de las cosas! ¿ Puede afligirse quien os considera, cesando la fortuna de serle propicia, si se ve sepultado en prision, si le amenaza el patíbulo? Ayer yo era uno de los

hombres mas felices del universo, y hoy carezco de las dulzuras que hacian mi dicha; ¡ no mas libertad, no mas compañía de amigos, y no mas esperanzas! No, el hacerse ilusion seria frenesí. No saldré de aquí sino para ser arrojado en los mas horribles calabozos, ó entregado al verdugo. Pues bien, el dia siguiente de mi muerte será como si hubiese espirado en un palacio, y llevado á la sepultura con los mayores honores.

Con estas reflexiones sobre la velocidad del tiempo cobraba ánimo, pero me acordaba de mi padre, madre, dos hermanos, dos hermanas, y de otra familia que amaba como si fuese la mia, y los razonamientos filosóficos ya de nada valian; me enternecí y lloré como un chiquillo.

II.

Tres meses antes habia ido á Turin, y vuelto á ver, despues de varios años de separacion, á mis queridos padres, á uno de mis hermanos, y á mis dos hermanas. Toda nuestra familia siempre se habia querido mucho. Ningun hijo habia sido colmado mas que yo de los beneficios de su padre y madre. ¡ Oh! ¡ qué emocion experimentaba yo al volver á ver á estos venerables ancianos, encontrándolos nota-

blemente mas agoviados con la edad que lo que me habia figurado! ; Cuánto hubiera querido no abandonarlos mas, consagrándome á sobrellevar con mis tiernos cuidados su cansada vejez! ; Cuán sensible me fue en los pocos dias que estuve en Turin tener que cumplir varios deberes que me llevaban fuera del techo paterno, y dedicar tan poca parte de mi tiempo en mis amados padres! Mi pobre madre decia con triste amargura: « ah, nuestro Silvio no ha venido á Turin por vernos! » En la mañana que partí para Milan, la separacion fue dolorosísima. Mi padre entró conmigo en el coche, y me acompañó por espacio de una milla, despues se volvió solo. Yo echaba la cara atras para verle, lloraba, besaba un anillo que me habia dado mi madre, y nunca me habia visto tan angustiado de alejarme de mi familia. No crédulo en presentimientos, me admiraba no poder vencer mi dolor, y estaba forzado á decir con espanto: « ¿de dónde me viene esta extraordinaria inquietud? » Me parecia prever algun grande infortunio.

Ahora en la cárcel me recordaba aquel espanto y congoja, me venian á la memoria todas las palabras que tres meses antes oia decir á mis padres. Aquel lamento de mi madre « ; ah, nuestro Silvio no ha venido á Turin por vernos! » me despedazaba el corazon. Me echaba en cara el no haberme mostrado mil veces mas tierno con ellos; ; amarlos tanto! y

habérselo dicho tan débilmente; ; no volverlos á ver mas! y satisfacerme tan poco de la dicha de contemplar sus queridas facciones, y ser tan avaro en darles pruebas de mi amor. Estos pensamientos me traspasaban el alma.

Corré la ventana, me estuve paseando una hora en la persuasion en que estaba de no poder sosegar en toda la noche, me acosté y la fatiga me adormeció.

III.

Horrenda cosa es despertarse la primera noche en prision. ; Es posible! (decia acordándome donde estaba) ; es posible! ¿Yo aquí? ; no es esto un sueño? ¿ayer pues me prendieron? ¿ayer me hicieron ese largo interrogatorio que mañana, y quién sabe hasta cuándo deberá continuarse? ¿ayer noche antes de quedarme dormido lloré tanto pensando en mis padres?

El sosiego, el perfecto silencio, y el corto sueño que habia reparado las fuerzas de mi entendimiento, me parecia centuplicar en mí el peso del dolor. En esta ausencia total de distraccion, la desesperacion de todos los míos y en particular de mi padre y madre, al saber mi arresto, se representaba á mi imaginacion con una fuerza increíble. En este instante, decia yo, ó duermen todavía tranquilos, ó velan

pensando acaso en mí con dulzura, y no presagian el lugar en que estoy. ¡ Felices ellos, si Dios los arrebatase de este mundo antes que llegue la noticia de mi desgracia á Turin! ¿ Quién les dará la fuerza de soportar este golpe fatal? Una voz interior parecia responderme: Aquel á quien todos los afligidos invocan, aman y sienten en ellos mismos, Aquel que daba fuerzas á una madre para seguir á su hijo al Gólgota, y estar al pie de su cruz, el amigo de los desvalidos, el amigo de los hombres.

Este fue el primer momento que triunfó la religion de mi corazon, y soy deudor de este beneficio al amor filial. Antes de este dia sin ser hostil á la religion, la habia seguido poco y mal, pues las vulgares objeciones con que la suelen impugnar, no me parecian cosa mayor, y no obstante mil sofisticas dudas debilitaban mi fe. Hacia ya tiempo que estas dudas no recaian sobre la existencia de Dios, y me repetia sin cesar que si Dios existe, una consecuencia necesaria de su justicia es otra vida para el hombre que ha sufrido en este mundo tan injusto, previniendo de ahí la suma necesidad de aspirar á los bienes de esta segunda vida, y de ahí tambien el culto de amor de Dios y del prójimo, y un continuo aspirar á ennoblecerse con generosos sacrificios. Hacia ya tiempo me decia todo esto, y añadia: ¿ qué otra cosa es el cristianismo sino este continuo aspirar á ennoblecerse? Me maravillaba como el cris-

tianismo, manifestándose en su esecia tan puro, filosófico é incontrastable, habia podido llegar una época en que la filosofía se atreviese á decir: « desde ahora en adelante yo haré sus veces. » Y ¿ de qué modo haras tú sus veces? ¿ Enseñando el vicio? No por cierto: ¿ la virtud? Pues bien; será amor de Dios y del prójimo, será lo que cabalmente enseña el cristianismo.

Aunque yo raciocinaba asi varios años hacia, evitaba no obstante concluir: seas pues consecuente, seas cristiano: no te escandalizes ya de los abusos, no malicies sobre algun punto árduo de la doctrina de la iglesia, puesto que el punto principal y mas claro es el siguiente: ama á Dios y al prójimo. En prision deliberé finalmente el sacar esta conclusion, y la saqué: anduve vacilante un momento pensando que si alguno venia á saber que era yo mas religioso que antes se creeria autorizado á juzgarme hipócrita, y envilecido con la adversidad, pero conociendo que yo ni era una cosa ni otra, no hice caso de las posibles reconvenciones no merecidas, y me mantuve firme en la voluntad de ser y de declararme cristiano en lo sucesivo.

IV.

Permanecí fijo en esta resolucion mas adelante, pero comencé á recapacitarla, y casi á quererla en

esta primera noche de encarcelacion. Por la mañana se habian apaciguado mis extravíos, lo que me sorprendia sobremanera : pensaba otra vez en mis padres y demas personas afectas, y no desesperaba ya de su fuerza de ánimo, sirviéndome de consuelo la memoria de los virtuosos sentimientos que en otras ocasiones habia conocido en ellos. ¿Porqué antes tanta perturbacion en mí representándome la suya, y ahora tanta confianza en su ánimo esforzado? ¿Era este feliz cambio un prodigio? ¿Era un natural efecto de mi creencia en Dios nuevamente avivada? — Y ¿qué importa llamar prodigios ó no á los reales y sublimes beneficios de la religion?

A media noche, dos *secondini* (asi se llaman los carceleros subalternos del alcaide) habian venido á hacer la requisa, y me habian encontrado de pésimo humor; volvieron al alba, y me hallaron sereno con el ánimo alegre.

— La noche pasada, me dijo Tirola, teniais vos una cara de basilisco, ahora sois muy otro, y me alegro, señal de que no sois (perdonad la expresion) un bribon, porque los bribonazos (soy viejo en el oficio, y mis observaciones tienen algun fundamento), los bribonazos, repito, estan mas rabiosos en el segundo dia de su arresto que en el primero. ¿Tomais vos tabaco? — No, no suelo tomarlo, pero no quiero despreciar vuestro

favor. En cuanto á vuestra observacion, dispensadme, no me parece bien fundada : si esta mañana no tengo ya cara de basilisco, ¿no podrá ser esta mudanza una prueba de insensatez, ó de facilidad á hacerme ilusion y á soñar próxima mi libertad?

— No lo dudaria, si vos estuvieís preso por otros motivos, pero hoy dia por negocios de Estado no es creible que la cosa concluya asi de la noche á la mañana; ni vos sois tan bobo para imaginároslo. Perdonad la libertad : ¿quereis vos otro polvo?

— Dádmelo : no sé cómo se puede tener una cara tan alegre como teneis viviendo siempre entre desgraciados.

— Acaso vos creereis que me son indiferentes los males agenos : si he de decir verdad, no lo sé positivamente, mas os aseguro que no pocas veces el ver llerar me hace mal, y á veces finjo estar alegre para que los cuitados presos lo esten tambien.

— Buen hombre, me ocurre una idea que nunca se me ha pasado por la imaginacion, y es que se puede hacer el oficio de carcelero, y ser de buena pasta.

— Caballero, el oficio no hace nada : al otro lado de aquel arco que allí veis pasado el patio, hay otras prisiones destinadas á las mugeres. Son. . . no está en el orden decirlo. . . mugeres de mala

vida; y bien, señor, hay algunas que son ángeles en cuanto al corazon, y si vos fueseis *secondino*. . . .

¿ Yo? (y me eché á reir).

Tirola se quedó desconcertado con mi risa, y no prosiguió; tal vez queria decir que si yo fuese *secondino*, me hubiera sido dificultoso no apasionarme por alguna de esas desgraciadas. Preguntóme qué queria almorzar; se salió, y algunos minutos despues me trajo el café. Le miraba fijamente á la cara con una sonrisa maliciosa que queria decir: « ¿ Serás tú capaz de llevar una esquelita mia á otro infeliz, á mi amigo Piero? » Y él me respondió con otra que queria decir: « no señor; y si os dirigís á alguno de mis compañeros, el que os diga que sí podeis estar persuadido que no cumplirá su palabra. » No estoy verdaderamente seguro si me comprendió, ni si yo le comprendí; lo cierto es que estuve diez veces á punto de pedirle un pedazo de papel y un lapiz, y no me atreví, porque veía un no sé qué en sus ojos que parecia advertirme no fiarme en ninguno, y menos en otros que en él.

V.

Si Tirola con su espresion de bondad no hubiese echado tambien algunas miradas traicioneras, si hubiese tenido una fisonomía mas noble, hu-

biera cedido yo á la tentacion de hacerle mi embajador, y quizás una carta mia llegada á tiempo á mi amigo le hubiera dado el medio de reparar alguna equivocacion, y tal vez esto salvaba, no á él; ¡ pobrecito, que ya sobrado descubierto estaba! sino á otros varios y á mí. ¡ Paciencia! las cosas debian ir asi.

Fuí llamado á la continuacion del interrogatorio el cual duró todo el dia y otros varios, sin mas intervalo que el de las comidas. Mientras no se concluyó el proceso, se me pasaban los dias rápidamente, pues era tal mi ejercicio intelectual en las interminables respuestas á tanta variedad de preguntas que necesitaba emplear las horas de la comida y de la noche en reflexionar cuanto me habia sido preguntado, y yo habia respondido, y todas las cosas sobre que probablemente me interrogarian todavia.

Al fin de la primera semana tuve un gran disgusto: mi pobre Piero, deseoso, como yo, de entablar una comunicacion entre nosotros, me mandó una carta y se valió para ello no de alguno de los *secondini*, sino de un desgraciado preso que venia con ellos para el servicio de nuestros cuartos; era un hombre de unos sesenta á setenta años, condenado á no sé cuántos meses de detencion. Con un alfiler que yo tenia me pinché en un dedo, y escribí con mi sangre unos cuantos renglones de

respuesta que entregué al mensajero, el cual tuvo la desgracia de ser atibado, registrado, cogido con la carta que llevaba, y si no me engaño, baqueteado, pues oí grandes gritos que me parecieron los del pobre anciano, y desde entonces no le volví á ver mas.

Llamado al proceso, me estremecí al ver me presentaban mi cartita garabateada con sangre (la cual, gracias á Dios, no hablaba de cosas prohibidas, y solo si tenia trazas de un simple escrito de cumplidos). Preguntáronme con qué me habia hecho sangre, me quitaron el alfiler, y se rieron de habernos pillado. ¡ Ah, yo no me rei! no podía olvidar al viejo mensajero, hubiera sufrido con gusto cualquier castigo, con tal que le perdonasen, y cuando llegaron á mis oidos aquellos gritos que sospeché eran suyos, mi corazon se anegó en lágrimas.

En vano pregunté varias veces por él al alcaide y subalternos; meneaban la cabeza y decian: « la ha pagado cara ese — no lo volverá á hacer mas — goza de algun mas reposo. » No querian entrar en mas esplicaciones. ¿ Daban á entender con eso la estrecha prisión en que estaba detenido este infeliz, ó hablaban asi, porque habia muerto en el acto mismo de las haquetas ó á consecuencia de ellas? Un dia me pareció columbrarle al otro lado del patio, debajo del zaguan, con un haz de leña al hombro; me palpité el corazon, como si hubiese visto á un hermano.

VI.

Cuando dejé de ser martirizado con el interrogatorio, y no tenia nada en que emplear el dia, entonces sentí amargamente el peso de la soledad. Me permitian, sí, tener una Biblia y el Dante; el alcaide habia puesto tambien á mi disposicion su librería, compuesta de algunas novelas de Scuderi, del Piazzí y otras peores, pero mi espíritu estaba demasiado agitado para poderse aplicar á cualquiera lectura que fuese. Cada dia aprendia de memoria un canto del Dante, y este ejercicio era tan maquinal que lo hacia pensando menos en los versos que en mis cosas. Lo mismo me sucedia leyendo cualquiera otra obra escepto á veces algun pasage de la Biblia. Este divino libro de que siempre habia gustado mucho, aun cuando me creía incrédulo, le estudiaba ahora con mayor respeto que nunca, con la diferencia de que á pesar de mi buena voluntad me sucedia frecuentísimamente leerle con la imaginacion en otra parte y no le comprendia. Poco á poco me fui poniendo en estado de meditarlo mas profundamente, y encontrarlo mejor.

Esta lectura no me dió nunca la menor propension á la hipocresía, esto es, á esa devocion mal entendida que hace pusilánime y fanático, y me ense-

ñaba por la inversa á amar á Dios y á los hombres, á desear siempre mas el reino de la justicia, y á aborrecer la iniquidad, perdonando á los inicuos. El cristianismo, en vez de destruir en mí cuanto bueno habia podido hacer la filosofía, le confirmaba y valoraba con razones mas elevadas y poderosas. Asi que habiendo leído un dia que es necesario orar sin cesar, y que la verdadera oracion no consiste en barullar muchas palabras á manera de los paganos, sino en adorar á Dios con simplicidad, ya en palabras, ya en obras, y en hacer que ambas sean el cumplimiento de su santa voluntad, me propuse empujar de veras esta incesante plegaria, á saber, no permitirme siquiera un pensamiento que no estuviese animado del deseo de conformarme á los decretos de Dios. Las oraciones que solia recitar fueron siempre pocas, no por menosprecio (las creo al contrario muy provechosas, cual mas, cual menos, para fijar la atencion en el culto), sino porque no me juzgo capaz de decir muchas sin distraerme, y poner en olvido la idea de este último.

La aplicacion de estar de continuo en presencia de Dios, en vez de ser un esfuerzo fatigoso de la mente, y un motivo de temor, era para mí cosa muy grata, pues como no olvidaba que Dios está siempre á nuestro lado, que está en nosotros, ó mas bien que nosotros estamos en él, la soledad iba perdiendo cada dia mas su horror para conmigo. « ¿No estoy

en muy buena compañía? » me decia á mí mismo; y esto me serenaba, y me colmaba de placer y ternura.

— Ahora bien ¿no hubiera podido sobrevenirme una calentura, y llevarme al sepulcro? Todos á cuantos amo, que se hubieran abandonado al dolor, perdiéndome, hubieran podido recobrar insensiblemente la fuerza de resignarse á mi pérdida. En vez de una tumba me devora una cárcel; ¿debo creer por eso que Dios no les suministrará igual fuerza?

Mi corazon hacia los mas fervorosos ruegos por ellos, acompañados á veces de algunas lágrimas, pero las lágrimas mismas estaban mezcladas de dulzura. Tenia plena confianza en que Dios los sostenia á ellos y á mí, y no me he equivocado.

VII.

El vivir libre es mucho mas bello que el vivir en prision; ¿quién lo duda? no obstante, aun en las miserias de una cárcel, cuando se piensa que Dios está presente, que los goces del mundo son pasajeros, que el verdadero bien consiste en la conciencia, y no en los objetos exteriores, se puede vivir con placer. En menos de un mes habia tomado mi partido, no diré perfectamente, sino de un modo tolerable. Ví que no queriendo cometer la indigna

accion de comprar la impunidad con la ruina de los demas, mi suerte no podia ser sino el cadalso ó una dilatada prision: era necesario adaptarse á ello. Respiraré mientras me dejen aliento, dije, y cuando me lo quiten, haré como todos los enfermos llegados al postrer momento, moriré.

Procuraba no lamentarme de nada y dar á mi alma todos los goces posibles; el mas ordinario era la enumeracion de los bienes que habian embellecido mis dias: un excelente padre, una madre excelente, hermanos y hermanas buenos, tales amigos, una buena educacion, el amor de las letras, etc. ¿Quién mas que yo habia sido dotado de felicidad? ¿Porqué no dar gracias á Dios, aunque ahora esté mitigada con el infortunio? Algunas veces, haciendo esta enumeracion, me enternecia y lloraba un instante, pero volvian el ánimo y la alegría.

Desde los primeros dias habia adquirido un amigo: ni era el alcaide, ni ninguno de los *secondini*, ni ninguno de los instructores de mi proceso; hablo no obstante de una criatura humana. ¿Quién era pues? un niño, sordo y mudo, de cinco ó seis años; el padre y la madre eran ladrones, y la ley los habia castigado, por lo que la justicia cuidaba del pobre huerfanito, como tambien de otros varios: habitaban todos un cuarto enfrente del mio, y á ciertas horas les permitian salir á respirar aire en el patio.

El sordo-mudo venia debajo de mi ventana, se sonreia conmigo y hacia mil gestos; le tiraba un buen zoquete de pan, le tomaba dando un brinco de alegría, corria á encontrar á sus compañeros, le daba á todos, y venia en seguida á comer su porcioncita junto á mí, espresando su reconocimiento con sus hermosos ojos. Los otros niños me miraban de lejos, sin atreverse á acercarse: el sordo-mudo tenia una gran simpatía por mí, y no era por razon de interes, pues algunas veces no sabia él qué hacer del pan que yo le echaba, y me hacia señas que él y sus compañeros habian comido bien, y no necesitaban de mas alimento, y si veía venir algun *secondino* á mi cuarto, le daba el pan para que me lo devolviese. Asi es que no esperando entonces nada de mí, continuaba á jugar delante de mi ventana con mucha gracia, contento de que yo le viese. Una vez un *secondino* le permitió entrar en mi prision, al instante corre á abrazarme las piernas, dando un grito de alegría; le estreché en mis brazos, y es indecible el transporte con que me colmaba de caricias; ¡cuánto amor en esa pequeña alma! ¡cuánto hubiera querido poderle educar, y sacarle del misero estado en que se hallaba!

Nunca supe su nombre; él mismo no sabia si tenia uno. Siempre estaba alegre, y jamas le ví llorar sino una vez que le pegó el carcelero, no sé porqué.

¡Cosa estraña! el vivir en semejantes lugares parece el colmo del infortunio, y con todo eso tenia este niño ciertamente tanta felicidad como puede desear á esta edad el hijo de un príncipe. Hacia yo esta reflexion, y aprendia que el humor puede hacerse independiente de los lugares. Gobernemos la imaginacion, y casi por todas partes estaremos bien. Un dia pasa pronto, y cuando por la noche uno se mete en la cama sin hambre ni agudos dolores, ¿qué importa que el lecho esté entre paredes que se llaman cárcel, ó entre paredes que se llaman casa ó palacio? ¡Escelente razonamiento! pero ¿cómo se hace para gobernar la imaginacion? me ensayaba en ello, y me parecia por momentos lograrlo perfectamente, pero otras veces triunfaba aquella en verdadera tirana, y yo despechado me asombraba de mi debilidad.

VIII.

En medio de mi desgracia soy afortunado, decia yo, que me hayan dado una prision en piso bajo, hácia un patio donde á cuatro pasos de mí viene ese querido angelito con quien tengo gusto de hablar por señas. ¡Admirable inteligencia humana! ¡Cuántas cosas nos deciamos él y yo solo con la espresion de nuestras miradas y fisonomía! ¡cómo compone

sus movimientos con gracia, cuando me rio con él! ¡cómo los corrige al ver que me desagradan! ¡cómo conoce que le amo, cuando acaricia ó regala á alguno de sus compañeros! Nadie en el mundo se lo imagina, y con todo estando en mi ventana puedo ser una especie de preceptor para esta pobre criatura. A fuerza de repetir el mutuo ejercicio de señas perfeccionaremos la comunicacion de nuestras ideas. Cuanto mas conozca la educacion que recibe conmigo, tanto mas afecto me tendrá. Yo seré para él el genio de la razon y de la bondad; él aprenderá á hacerme confidente de sus dolores, placeres y deseos, y yo á consolarlo, formar su corazon y dirigir toda su conducta. ¿Quién sabe, si teniéndose indecisa mi suerte de mes en mes, me dejarán envejecer aquí? ¿quién sabe si este niño no crecerá delante de mis ojos para ser empleado mas adelante en algun servicio de esta casa? Con tanta disposicion como manifiesta ¿qué podrá ser? ¡ay de mí! nada de mas que un esclente *secondino* ú otra cualquier cosa semejante. Sea lo que fuere ¿no habré hecho una buena obra, si he contribuido á inspirarle el deseo de agradar á las gentes honradas y á sí mismo, y á darle el hábito de los buenos sentimientos?

Este soliloquio era muy natural. Siempre he tenido mucha inclinacion por los niños, y el empleo de preceptor me parecia sublime: le habia ejercido

algunos años con Santiago y Julio Porro, jóvenes de bellas esperanzas á los que amaba como hijos míos, y como tales amaré siempre. ¡ Dios sabe cuántas veces en la cárcel pensé en ellos! ¡ cuánto me afligió no poder completar su educación! ¡ con cuánto ardor pedí al cielo de darles un nuevo maestro que me igualase en amor por ellos!

Algunas veces esclamaba entre mí mismo: ¡ qué tosca parodia es esta! en vez de Santiago y Julio, niños adornados de los mas brillantes dones que la naturaleza y la fortuna pueden dar, me cabe en suerte por discípulo un pobrecito, sordo, mudo, trapajoso, hijo de un ladron.... que á lo mas vendrá á ser *secondino*, el que en término algo menos culto se dirá esbirro.

Estas reflexiones me confundian, y me desalentaban. Mas apenas oia el grito penetrante del mudo, se me movia la sangre como á un padre que oye la voz de su hijo, y este grito y su vista disipaban en mí toda idea de bajeza por parte suya: ¿ Qué culpa pues tiene él si está andrajoso y defectuoso, y es de casta de ladrones? Un alma humana en la edad de la inocencia es siempre respetable. Asi decia yo; y cada dia le miraba con mas amor, pareciéndome que crecia en inteligencia, y me afirmaba mas y mas en la dulce idea de aplicarme á ennoblecer su alma; y fantaseando sobre todas las posibilidades, pensaba que quizá un dia, salido yo de prision,

encontraria medio de colocar á este niño en una escuela de sordos-mudos, y de abrirle asi el camino á un porvenir mas bello que el ser esbirro.

Mientras me ocupaba tan agradablemente del bien suyo, dos *secondini* vinieron un dia á buscarme.

— Señor, se trata de cambiar de alojamiento.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Tenemos orden de trasladaros á otro cuarto.

— ¿Porqué?

Han preso otro pájaro gordo, y este siendo el mejor cuarto.... ya os podeis hacer cargo....

— Ya entiendo: esta es la primera parada de los recién llegados.

Y me llevaron á la parte opuesta del patio, mas ¡ triste de mí! ya no en piso bajo, ya no en un sitio en que pudiese conversar con el mudo. Al pasar por el patio ví á este querido niño sentado en el suelo, atónito, triste: comprendió que me iba á perder; en un momento se levantó y me salió al encuentro, los *secondini* querian alejarle, le coji en mis brazos, y asqueroso como estaba, le besé una y mil veces con la mayor ternura, y me separé de él.... ¿ lo diré? con los ojos bañados en lágrimas.

IX.

¡ Pobre corazon mio! tú amas con tanta facilidad y ardor, y á ¡ cuántas separaciones has estado ya